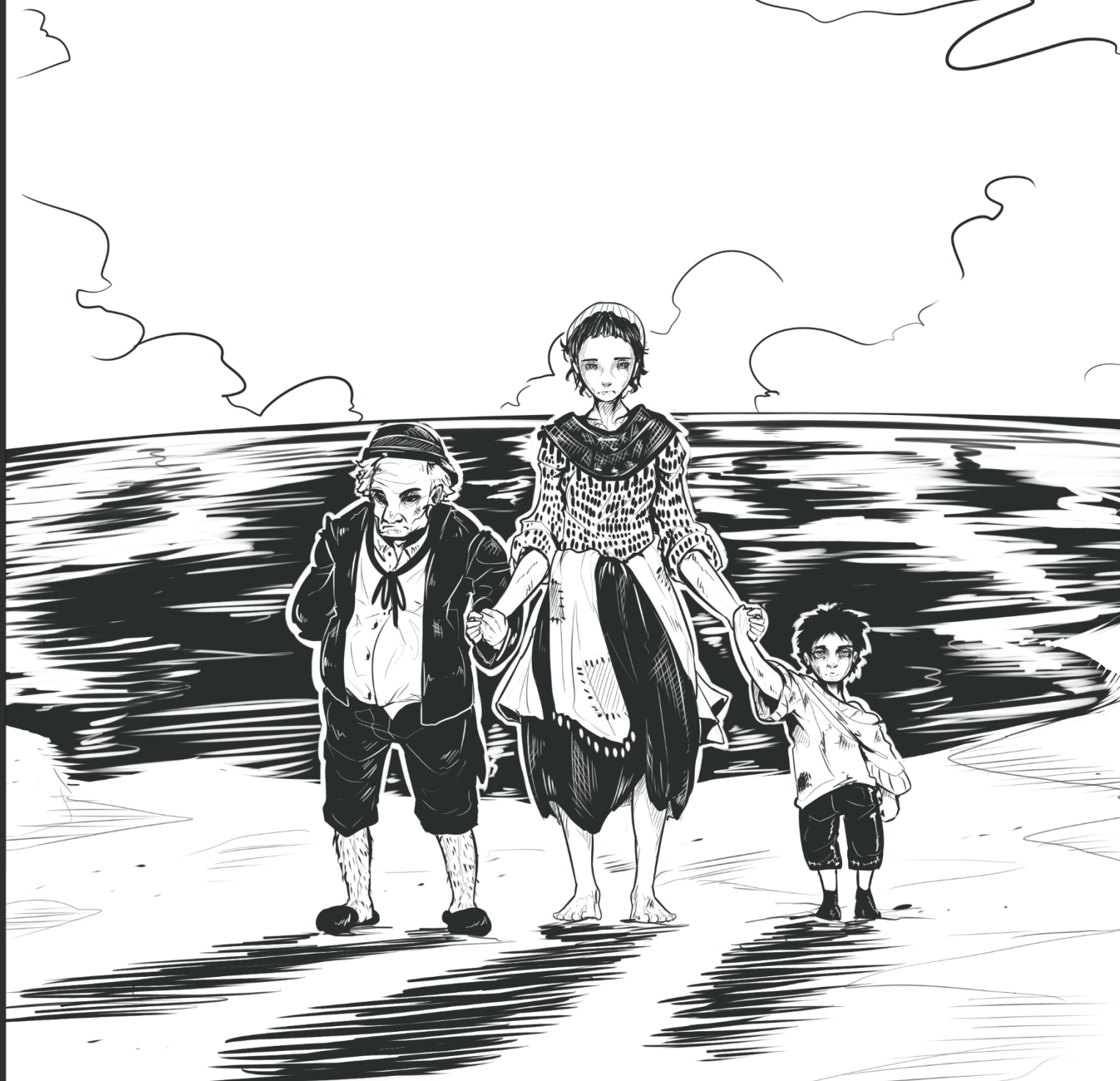


Autor: Abilio Ayuso

EL INTERCAMBIO

Ilustrador Ronny Bravo



A raíz del colapso del comunismo, parece demostrado que la única forma viable de relación económica es el libre intercambio de bienes y servicios, osea el capitalismo. Pero eso siempre ha planteado un problema: ¿Que sucede con aquellos que no tienen nada que intercambiar, o que lo que tienen no interesa a nadie?. Según la doctrina capitalista se les debe abandonar a su suerte, ¿pero eso es justo y decente?. Quienes están en la cima de la pirámide acostumbran a pensar que si, a menos que la situación cambie y les haga caer en el grupo de marginados.

+14

En los meses de verano, el antiguo caserón del abuelo cobraba vida, era la invasión de los nietos, a los más mayorcitos nos enviaban solos, y los más pequeños con alguna mamá de las que no trabajaban.

Para aquel pequeño pueblo éramos la irrupción de los chicos de ciudad, una especie de plaga que había que soportar en verano.

Por un lado envidiados por los chavales del pueblo, porque al vivir en la gran urbe, teníamos acceso a una serie de cosas de las que ellos carecían, pero por otro lado criticados por nuestras costumbres más relajadas.

Nosotros jugábamos juntos chicos y chicas, en lugar de la segregación de grupos por sexos como hacían ellos, y sobre todo porque teníamos la osadía de no ir a misa los domingos.

Al principio nuestros padres habían intentado que lo hiciéramos, pero habían tirado la toalla por falta de argumentos con los que respondernos cuando les decíamos: “Si nunca vamos a misa en la ciudad, ¿Por qué aquí?, sería una hipocresía, una mentira, y vosotros siempre decís que hay que ser sinceros, ¿en qué quedamos?”.

Nuestro grupillo vagaba siempre de aquí allá, por cualquier sitio que pudiera proporcionar diversión o aventura, pero eso sí, a la hora de la merienda teníamos una cita fija en el patio de la casa, íbamos puntualmente a por nuestros bocadillos y permanecíamos allí hasta haberlos acabado.

Aunque el ambiente casi siempre era cordial, aquella tarde se planteó una discusión que amenazaba con romper la unidad del grupo. Surgió entre dos de los primos mayores. El punto de partida fue un simple bocadillo.

Aquella tarde Carlos no tenía demasiado apetito, tal vez porque al mediodía había repetido dos veces del excelente guisado de cordero. Ya se disponía a tirar al cubo de basura la mitad inacabada de su bocadillo de jamón, cuando Rosa le preguntó en tono seco: “¿Qué haces?”.

“Pues tirar lo que me ha sobrado, no puedo más”.

“¿Y no has pensado en la cantidad de gente que en este mismo momento se está muriendo de hambre, tirar la comida es una inmoralidad?”.

“Vale lista, ¿Y qué quieres que haga, lo meto en un sobre y se lo mando a los negritos del África?”.

“No pero podrías guardarlo”.

“¿Guardarlo para qué?, la tía Ana ya está preparando una buena cena, y si lo intento sacar en el desayuno o en la merienda me dirá, -No Carlitos, déjalo que ya te ha preparado uno recién hecho-”.

“Pues dáselo a alguien”.

“¿A quién?, en este pueblo nadie pasa hambre”.

En ese momento apareció el abuelo, con su caminar pausado y su eterna pipa. Era un anciano respetable y respetado, no solo por su edad, sino por su experiencia, había recorrido el mundo de cabo a rabo, viendo y haciendo las cosas que los demás mortales solo podían ver en los documentales de la televisión.

A su llegada la disputa cesó al momento, pero él ya había oído suficiente.

Con una sonrisa burlona preguntó: “Bien, ¿Y puede saberse que cuestión filosófica hace que discutan mis dos nietos mayores?”.

Se lo contaron, se quedó un minuto pensando y luego añadió: “¿Ahora querréis que os diga quien de los dos tiene razón verdad?”.

“Si abuelo”.

“Pues los dos y ninguno, tu Carlos no tienes razón, porque ese medio bocadillo no puede ir a la basura por una cuestión de principios, y tu Rosa te equivocas porque con tía Ana de cocinera no habrá forma de aprovechar ese medio bocadillo sin hacerla enfadar, además el problema del hambre en el mundo no es que falte comida ni mucho menos”.

Al llegar a este punto todos nos miramos asombrados, la pregunta surgió de inmediato: Sino faltaba comida en el mundo: ¿Por qué tanta gente se muere de hambre?.

“Muy sencillo, se mueren de hambre porque no tienen dinero para comprarla, y los que la fabrican prefieren tirarla, o usarla como pienso o abono, o dejarla de fabricar, antes que regalarla”.

Viendo nuestras miradas de asombro, el viejo se sentó en un banco y nos dijo: “Parece que os cuesta comprenderlo, así que os explicaré una historia real que os ayudará a entender cómo funciona nuestra sociedad”.

“Siendo yo un niño, un marino muy viejo me contó una historia que me ha quedado grabada para siempre. Ocurrió hace un par de siglos más o menos. Huyendo de la guerra y la peste, unas familias holandesas, reunieron todo

lo que poseían y fletaron un barco, que los habría de llevar como colonos a unas nuevas tierras donde poder vivir dignamente.

Pero el destino logró que una tempestad hiciera naufragar el navío arrastrándolo hacia una isla desierta, después de ir varios días a la deriva.

Dentro de la desgracia tuvieron suerte, porque el barco embarrancó en un bajo arenoso, y aunque nunca más podría volver a navegar, todo su cargamento y pasajeros quedaron a salvo.

En cuanto amainó la tormenta se pusieron manos a la obra, pudieron rescatar absolutamente todo del viejo velero, los alimentos, los animales de granja, los semilleros y los plantones, los aparejos de pesca, las herramientas, las armas, todo fue puesto a buen recaudo.

No contentos con eso, y aprovechando la bonanza, desmontaron el barco pieza por pieza y lo trasladaron a tierra, el mobiliario, los cordajes, los dos cañoncitos de proa, hasta el mismo maderamen del casco fue transportado por piezas, los ventanales de popa y los ojos de buey servirían para las nuevas casas, incluso las piedras del lastre fueron aprovechadas en su construcción.

Tenían la ventaja que en su grupo había artesanos de los principales oficios, no había sucedido al azar, habían formado un grupo autosuficiente para instalarse en unas tierras vírgenes.

Los primeros años de vida en la isla fueron duros, hubo que construir casas sólidas, un taller de carpintería, una fragua, desbrozar el terreno, sembrar, cultivar, Etc...

Pero pasada esta primera época, su vida pasó a ser bastante confortable. El clima era benigno, la tierra era generosa. En aquella pequeña isla no había parásitos ni depredadores, los animales podían pacer en libertad sin apenas cuidados y el mar proporcionaba sus frutos con muy poco esfuerzo, un paseo en barca con las redes cerca de la costa les proporcionaba, sin apenas riesgo, pescado para muchos días, el que sobraba se ahumaba.

Habían formado una sociedad cooperativa que funcionaba muy bien. Cuando el pescador regresaba todos ayudaban a remontar la barca en tierra, acto seguido él repartía la pesca entre todas las familias.

Asimismo, cuando el granjero mataba un cordero repartía la carne entre todos y daba la piel al curtidor, que sin apresurarse confeccionaba lo que la gente necesitaba.

De la misma forma el carpintero y el herrero reparaban lo que fuera necesario, los labradores repartían su cosecha entre todas las familias y el médico cuidaba de la salud de todos.

También tenían un acuerdo no escrito, de forma que si alguno de ellos padecía un accidente o enfermedad que le impedía cumplir con su parte de trabajo en la comunidad, los más aptos lo cubrían sin dejar sus propias obligaciones.

De la misma forma si se malograba una cosecha o el mal tiempo impedía pescar, las familias encargadas de aquella tarea seguían recibiendo los alimentos y servicios de los demás aunque durante un tiempo no pudieran aportar nada.

Ellos mismos reconocían que vivían muy apaciblemente, con solo unas cuantas horas de trabajo a la semana, les sobraba de todo y tenían tiempo para disfrutar de la conversación, la lectura, la música, o contemplar la puesta de sol.

El único inconveniente que tenían era estar completamente desconectados del resto del mundo, aunque había quien opinaba, recordando lo que habían dejado atrás, que eso era una ventaja más de aquella isla.

Sin embargo, aquella paz idílica se vería turbada una tarde tormentosa por un acontecimiento inesperado. El pescador fue el primero que lo vio, corriendo de inmediato a informar a los demás.

Entre las embravecidas olas se veía un botecillo de madera que luchaba por acercarse a tierra. Eran los supervivientes de un grupo de colonos, como ellos, que no habían tenido su misma suerte.

Su barco había zozobrado y apenas unos cuantos habían conseguido salvarse en una de las chalupas. Para rematar su desgracia, su botecillo se partió al tocar tierra, dejándolos magullados harapientos y muertos de frío.

Los colonos acogieron en un principio a aquellos pobres desgraciados, aunque no de muy buena gana, porque pertenecían a un país que durante décadas había estado en muy malas relaciones con el suyo.

Al tercer día, una vez repuestos y curados sus rasguños, el médico convocó una reunión en el taller de carpintería, que hacía las veces de sala de reuniones, allí se encontraban todos, tanto los colonos como los recién llegados.

En principio los nuevos náufragos agradecieron a sus anfitriones su ayuda y acogida en sus propias casas.

Se hizo un breve silencio hasta que el herrero tomó la palabra: “Bien, como habréis visto en estos días, aquí formamos una comunidad muy bien organizada, cada familia aporta algo a la sociedad y a cambio recibe algo de todos, vosotros ya estáis repuestos y podéis organizar vuestra comunidad en otra parte de la isla”.

Aquello cayó como un jarro de agua fría en los recién llegados que se quedaron sin habla, hasta que una muchacha se atrevió a decir: “Pero si no tenemos nada, ¿Cómo vamos a construir casas o cultivar ni pescar?, lo lógico sería que nos dejarais integrarnos en vuestra comunidad”.

Se produjo un silencio más largo aún, hasta que el carpintero dijo: “No veo ningún inconveniente, pero ya veis como funcionamos aquí, todos aportamos y recibimos, para integrarnos debéis aportar algo que sea de utilidad para el resto de la comunidad”.

Así quedó el asunto, pero el llevarlo a la práctica no fue sencillo, antes que nada, necesitaban viviendas, pero el carpintero hacía años que llevaba una vida muy cómoda haciendo cuatro reparaciones, y se lo dijo bien claro: No estaba dispuesto a volver a dejarse la piel por una gente extranjera que no tenía nada que él necesitara.

Por otro lado, cada familia tenía su casa perfectamente adecuada a sus necesidades y no estaban dispuestos a compartirla con unos extraños.

Después de mucho deliberar, decidieron que los recién llegados deberían construir como pudieran sus propias casas, y por supuesto lejos de su poblado, porque a su alrededor tenían los campos de cultivo, la zona de pasto y el bosque donde proveerse de leña y no estaban dispuestos a prescindir de una parcela para dársela a ellos.

El grupo de náufragos marchó como almas en pena, antes solicitaron que les prestaran alguna herramienta, hachas sierras, alguna manta para tapar a los niños, pero todo les fue negado categóricamente: “¿Estáis locos?, aquí eso que pedís vale más que el oro, ¿Tenéis algo con que cambiarlo?, pues entonces, ¿Cómo os atrevéis a pedirlo?”.

Aquella pobre gente se instaló bajo un roquedal, cerca de la costa, intentaron apilar ramas para hacer una techumbre, pero no les protegía de la fría brisa nocturna.

La alimentación tampoco era brillante, no tenían con que pescar y solo podían atrapar algún cangrejo y marisco, ya que cazar algún ave o roedor con las manos era imposible, por otro lado, los árboles frutales salvajes

eran desconocidos para ellos y sus frutos acostumbraban a encontrarse en alturas inaccesibles.

Después de unos días nefastos y sin demasiadas expectativas de mejora, tomaron una determinación, con gran pena reunieron las escasas joyas que tenían, los anillos de prometida o de boda, dos medallas, un pendiente, una pulsera y se acercaron al poblado a ver al carpintero, ahora tenían algo que cambiar.

El hombre escuchó su propuesta con desgana: Construirles unas casas que les protegieran y darles algún mínimo elemento que les permitiera sobrevivir a cambio de sus joyas. La respuesta no fue muy prometedora: “Esto aquí no vale nada, ni se puede comer, ni sirve para cazar ni pescar ni construir nada, lo aceptaré por si algún día pasa un barco y puedo cambiarlo, pero no esperéis gran cosa a cambio, ¿Lo tomáis o lo dejáis?”.

Aceptaron, ¡Qué remedio!, y acordaron que al amanecer del día siguiente todas las personas válidas del grupo de náufragos se presentarían en el poblado.

Así lo hicieron, puntualmente, los colonos ya les estaban esperando, cuatro hombres, fuertemente armados con fusil, pistola y machete, que tenían a sus pies una serie de fardos con herramientas, cuerdas y otros elementos de construcción.

La bienvenida no fue precisamente afectuosa: “Venga, cargar con eso y caminar delante nuestro que no tenemos todo el día”.

Al llegar al punto de construcción, los cuatro matones aclararon que ellos no iban a hacer nada, solo dirigirles para que ellos mismos cortaran los árboles, apilaran las piedras, serraran, clavaran, es decir, realizaran toda la tarea, y por supuesto no pensarán en construir una casa para cada grupo familiar, sino solo una grande donde meterse todos, “Así estaréis más calentitos”, dijo el carpintero entre risotadas.

Al atardecer la tarea, no estaba ni a la mitad, el carpintero les gritó con voz ronca: “Venga zánganos, recoger todas las herramientas como estaban esta mañana y cargar, que volvemos al pueblo”.

Los náufragos estaban agotados, le miraron con cara de incredulidad, y uno de ellos se atrevió a decir: “Pero estamos destrozados, las herramientas pueden quedarse aquí, te aseguro que las cuidaremos”.

“Puede ser, pero no hay que dejar la puerta abierta a la desgracia, así que recoged y andando”.

El chico más joven protestó: “Estamos muertos de cansancio, yo no estoy dispuesto a...”, pero calló a media frase porque los otros hombres se habían acercado sacando las pistolas del cinto en actitud amenazadora.

Uno de ellos dijo secamente: “¿No iréis a poneros difíciles precisamente ahora verdad?”, todos callaron y comenzaron a recoger.

Cuando llegaron al poblado, a modo de despedida, el carpintero dijo: “Mañana aquí al amanecer, y espabilaros porque os doy tres días, ni uno más, nosotros también tenemos nuestras obligaciones”.

Al final del tercer día, habían construido un chamizo bastante penoso, pero que resguardaba del viento nocturno.

Junto a una de las paredes interiores, un amontonamiento de piedras que pretendía ser una chimenea les permitiría calentarse y cocinar.

Aunque habían dado la obra por concluida, tuvieron que volver a cargar con los útiles hasta el poblado.

Al llegar, el carpintero señaló un montón de chatarra y trastos rotos y les dijo con una sonrisa cínica: “Esto es para vosotros, con eso quedamos en paz”.

El muchacho más joven dijo en voz baja: “Pero si solo es basura y cosas rotas”, pero su padre le contestó: “Calla, efectivamente es basura, pero en nuestra situación puede ser un tesoro”.

En dos viajes trasladaron aquellos desperdicios a su chamizo, al día siguiente lo analizaron cosa por cosa como si efectivamente de un tesoro se tratara, un trozo de hierro, si lo afilaban podría servir para cortar, una silla coja, con una piedra debajo, dejaba de serlo; aquella cesta rota, reparada con cordel y rellena de harapos podría ser la cuna del bebé, y así sucesivamente, seguían en la miseria, pero si encontraban comida podrían sobrevivir.

Pero no era tan fácil, una dieta compuesta de un poco de marisco y algún fruto no era muy adecuada.

La madre del bebé cada vez tenía menos leche con que amamantar a su hijo, hasta que se le cortó por completo.

Sin pensárselo tomó a su niño y fue a ver a la granjera. Sin más preámbulos le dijo: “Sé que no os caemos bien, ¿Pero vas a permitir que muera una criatura inocente por no querer darle un poco de leche de tus vacas, que estoy segura de que te sobra?”.

La granjera la miró fríamente y contestó: “Si se muere será porque tú no puedes comprar leche, además eso no basta, necesitará ropas, ¿Qué le pondrás cuando crezca, tu falda?, y buena comida para que se desarrolle fuerte, y calzado, y que lo vea el médico de vez en cuando, tú nunca le podrás proporcionar todo eso y por una razón u otra lo verás morir. Pero no tiene por qué ser así, podemos arreglarlo”.

“¿De qué manera?”.

“Yo no puedo tener hijos, si lo adopto tendrá de todo, crecerá sano y bien alimentado”.

“¿Darte mi hijo?, ¡Nunca!”, gritó furiosa la madre.

“Perfecto, ¿Prefieres que se muera?, que madre tan egoísta eres”.

Aquel día la conversación terminó así, la madre aguantó un solo día oyendo a su bebé llorar de hambre, después cedió.

Pero los colonos no se lo pondrían tan fácil, la obligaron a firmar en presencia de todos un documento, en el que cedía su hijo en adopción para siempre, comprometiéndose, tanto ella como sus compatriotas, a no decirle nunca al niño quien era su verdadera madre, tampoco tendría derecho a hablar con él, ni siquiera rondar cerca suyo.

Firmó, mojando el documento con sus lágrimas. Al acabar entregó su niño a la granjera entre sollozos, la cual, en un gesto, no se sabe si de bondad o de altanería, le dijo: “Acompáñame a mi casa”.

La pobre madre se quedó de piedra, porque la granjera ya tenía preparada una estupenda cuna rústica, una ropita preciosa y hasta un caballito balancín de madera.

No pudo decir nada y se alejó llorando. Había tenido que perder a su hijo para que sobreviviera.

Días después una muchacha de los náufragos franceses que rebuscaba bayas, vio al agricultor, recogiendo fruta, era una chica muy agraciada y pensó que tal vez con una frase amable y una sonrisa conseguiría algunas manzanas.

El agricultor le devolvió una sonrisa picarona y con un guiño le dijo: “¿Por qué no?, si me acompañas un rato a jugar al bosque te doy unas cuantas”.

La chica le lanzó una mirada de desprecio y le dijo: “Antes muerta”.

Efectivamente la joven hubiera, preferido morir allí mismo que ceder a las pretensiones de aquel cerdo, pero no es lo mismo morir de golpe, que hacerlo lentamente de hambre, viendo además como los tuyos se van debilitando y sabiendo que puedes hacer algo por evitarlo, pasado algún tiempo cedió.

Mas adelante fue el pescador el que le ofreció algo de pescado a cambio de sus favores, y unos cuantos más, pero siempre le daban cantidades miserables de comida a cambio que, aunque eran bien recibidas, no acababan de solucionar el problema del grupo.

Lo curioso del caso es que las mujeres de aquellos sinvergüenzas lo sabían, pero no les importaba, comentaban riendo entre ellas: “Mejor, así los maridos se desahogan y nos dejan tranquilas”.

Eso sí, cuando la muchacha pasaba cerca del poblado, comentaban a gritos entre ellas: “¿A que huele hoy el bosque?”, “Huele a puta”.

En un momento dado, los náufragos pidieron una reunión con los colonos y les propusieron recibir algo de comida a cambio de trabajo, la respuesta fue clara: “Es que no lo necesitamos, ¿Por qué hemos de pagar por algo que no nos hace falta?”, ya se retiraban cabizbajos cuando el agricultor y el granjero susurraron unas palabras entre ellos y dijeron: “Vale, de acuerdo, aunque no os necesitamos, venir mañana dispuestos a trabajar y algo os daremos”.

A partir de entonces los pobres franceses se encargaron de las tareas más duras del poblado, mientras que los holandeses holgazaneaban plácidamente.

Al acabar el día les daban siempre la comida que prácticamente iban a tirar, aquella carne o pescado que ya olía un poco, o la fruta o verdura estropeada que iban a darle al ganado.

Si protestaban mínimamente les decían: “Pues no vengáis, ya sabéis que no os necesitamos para nada”.

Pero el hambre es mala consejera, al día siguiente volvían a estar allí, recibidos con burlas y frases de desprecio.

Un día en que el más joven insinuó que si seguían tratándoles así acabarían robando la fruta, el agricultor le lanzó una mirada asesina y le dijo: “¿Ves la calabaza que está allá lejos?, pues mira”, apuntó con su fusil, disparó y reventó la calabaza.

Volvió a mirar al chico y le explicó: “Es mejor tener el estómago un poco vacío que relleno de plomo, no olvidéis que somos más y estamos armados, aquí el robo se castiga con la muerte”.

La víspera del día en que los colonos celebraban su gran fiesta, dijeron a sus trabajadores: “Mañana no vengáis, celebraremos el décimo aniversario de nuestra afortunada llegada a la isla”, y añadieron entre risotadas: “Disculpar que no os invitemos, pero vosotros no tenéis nada que celebrar, porque vuestra llegada no fue que digamos muy afortunada”.

Y otro añadió: “Además no tenéis ropa adecuada que poner os y no podéis venir a una fiesta con esas pintas”, el resto de colonos rieron la gracia.

La fiesta duró todo el día y casi toda la noche, hubo baile alrededor de las hogueras, música y licor a raudales, hasta que agotados y ebrios, los colonos se fueron retirando a dormir.

Agazapados en una colina, los náufragos franceses contemplaban la escena con amargura comentando la injusticia de su situación, la brisa llevaba hasta ellos el olor de la carne y el pescado asados, uno de ellos comentó: “Con la comida que van a desperdiciar, nosotros nos podríamos alimentar una semana, o dos”.

“Me dan ganas de bajar a robarles ahora que están dormidos”.

“No seas necio, se darían cuenta y matarían a cualquiera de nosotros, no tienen alma, y si la tienen es más negra que el carbón”.

“¿Y si nos acercamos todos a una casa, matamos a sus moradores como sea, y luego a otra y otra?”.

“Hijo, nosotros no somos asesinos, y aunque lo fuéramos sería una locura, ¿Crees que ellos no atrancan las puertas por dentro?, antes de que pudiéramos derribar una ya habrían tomado sus armas y nos coserían a tiros”.

Acabaron la polémica y retomaron el camino hacia su chamizo, al llegar comenzaban las primeras luces del amanecer, se disponían a entrar en su cabaña cuando el muchacho, que tenía muy buena vista, les gritó: “¿¡Que es aquello que se ve entre la neblina!?”, “¡Por Dios, un barco, es un barco!”.

Confeccionaron rápidamente antorchas con maderas y jirones de tela y las movieron frenéticamente sobre el acantilado, acto seguido apilaron allí toda la leña que tenían reservada para la chimenea y prendieron una hoguera.

Para su satisfacción el barco viró hacia la costa hasta anclar a una distancia prudente, una chalupa se desprendió de su costado dirigiéndose hasta la playa. Se trataba de una fragata de guerra francesa fuertemente armada.

Cuando los marinos llegaron a tierra se quedaron asombrados de verse recibidos con abrazos y lágrimas por aquellos harapientos compatriotas suyos.

Finalmente acordaron que dos de los náufragos serían llevados a bordo para hablar con el capitán.

El capitán era un buen hombre que escuchó amablemente su relato, entrecortado a veces por algún sollozo.

Cuando concluyeron les dijo: “En principio este es un barco de guerra, cuya misión es descubrir nuevas tierras para incorporar a la corona, por tanto, no es posible llevaros con nosotros, pero no os preocupéis porque vuestra situación cambiará radicalmente”.

De vuelta a tierra explicaron el plan al resto de náufragos, se dirigieron todos hacia el poblado por tierra, mientras el buque lo hacía por mar, hasta quedar anclado muy cerca del poblado, en las profundas aguas de la bahía contigua.

Varios botes se acercaron a tierra transportando una cincuentena de marinos armados hasta los dientes.

En completo silencio se fueron situando a la puerta de la docena de casas del poblado, cuyos habitantes dormían la borrachera como troncos.

A una señal del capitán, el barco disparó un par de cañonazos que fueron a impactar sobre unas rocas detrás del poblado al tiempo que los marinos derribaban las puertas de las casas y sacaban a sus aterrorizados moradores a punta de bayoneta, con sus ridículas ropas de dormir puestas.

Si alguien hizo el mínimo gesto de resistencia recibió un culatazo en la cabeza mientras dos bayonetas se apoyaban en su pecho.

Como un rebaño de asustadas ovejas, fueron agrupados en mitad de la plaza donde aún humeaban los restos de las hogueras en las que durante la noche se asaron un par de corderos.

Si alguien pronunciaba una queja recibía un golpe al grito de: ¡Silencio!.

En otra zona de la plaza aguardaban en pie, muy serios, los náufragos franceses. En medio, presidía el capitán con su uniforme de gala y el contraamaestre enarbolando una bandera francesa.

Se hizo un tenso silencio, hasta que un marino tocó un sonoro redoble de tambor, el capitán desenvainó su sable y con voz potente, en tono ceremonioso, dijo: “En el día de hoy, como representante de su majestad el Rey de Francia, tomo posesión de estos territorios, quedando los mismos y todo su contenido en poder de la corona, cualquier acto de rebelión contra estas disposiciones será castigado de inmediato con la muerte”.

A continuación, el contraamaestre dio las ordenes: “Cinco de estas casas servirán de alojamiento para el destacamento de diez marinos voluntarios que servirán de retén en la isla, el resto serán repartidas entre los súbditos de la corona francesa. Los extranjeros deberán abandonar esta zona de inmediato, excepto los hombres válidos, que quedan enrolados de inmediato en nuestra fragata”.

Rápidamente los marinos separaron, a punta de bayoneta, una docena de hombres entre los colonos. Con toda rapidez procedieron a ponerles grilletes en manos y pies, para evitar cualquier tentación de fuga, y los arrastraron encadenados a la bodega del barco.

Ninguno de ellos regresaría jamás a la isla, la guerra, la dura vida del mar y las enfermedades acabaron con más de la mitad de ellos, y a los que llegaron a viejos, la simple miseria se lo impidió.

Cuando al resto de colonos se les indicó que se alejaran, dijeron: “Pero tenemos que coger nuestras cosas, como mínimo nuestra ropa”.

El capitán fue tajante: “No tienen nada que recoger, porque ahora nada de lo que hay aquí les pertenece, marchen por la buenas o lo harán por las malas, suerte tienen de que no les exiliamos de este territorio abandonándoles en mitad del mar”.

Habían comenzado a caminar entre llantos, cuando el capitán detuvo a la granjera que marchaba con su niño, ya de meses, en brazos y le preguntó secamente: “¿Ese es tu hijo mujer?”.

“Si... Claro”.

“No me mientas o te arrepentirás, ¿Lo has parido tu?”.

“Bueno no... Pero lo he adoptado legalmente, tengo un documento que lo demuestra”.

“Excelente, pues un marino te acompañará a tu casa para que recojas ese documento y me lo muestres, deja el niño aquí para que puedas ir sin trabas, y no se te ocurra coger nada más o este hombre te propinará un culatazo”.

Al cabo de un instante volvía presurosa con el papel en la mano, el capitán se lo arrebató y lo leyó lentamente en voz alta, al acabar le dirigió una mirada dura como el acero y le dijo con los dientes apretados: “Así que según esto su verdadera madre no tenía derecho ni a verle, este documento es una infamia que en el territorio de Francia no sirve ni para limpiarse el culo, ¡Márchate antes de que ordene que te den de latigazos!”.

El capitán, tomó en brazos al niño y se lo acercó a su madre que lo abrazó entre sollozos mientras la criatura la miraba como a una extraña.

Entre los marinos del navío se presentaron más de noventa voluntarios para quedarse de retén en la isla.

El capitán, con gran prudencia, seleccionó solo a jóvenes que no tuvieran lazos afectivos en su país, y de entre ellos fue buscando aquellos cuyas habilidades pudieran sustituir a los colonos deportados, carpintero, herrero, granjero, Etc... Como responsable del grupo dejó a un sargento viudo y sin hijos, con buenos conocimientos de medicina.

En el primer día, decidieron como repartirse el alojamiento y las tareas. Los marinos que los acompañarían fueron muy caballerosos y dejaron que los náufragos escogieran las que desearan, ya habían sufrido bastantes penalidades.

Lo primero que hicieron los náufragos, que ahora eran los nuevos amos del poblado, fue buscar en las casas las ropas, calzado y complementos más adecuados a su talla, al cabo de una hora ya habían dejado de ser unos harapientos miserables.

Habían apilado su antigua ropa mugrienta junto a una hoguera para quemarla, cuando el abuelo les detuvo: “Ni se os ocurra, posiblemente habrá quienes necesiten estos, ropajes”.

Y el muchacho añadió: “Por supuesto, pero no se los vamos a regalar, tendrán que ganárselos”.

Al mediodía, realizaron una comida digna, por primera vez desde que llegaron a la isla, y por la noche pudieron dormir en camas decentes, se sentían en la gloria.

El navío recaló un par de días más, para aprovisionarse de agua y alimento fresco, luego levó anclas para seguir su misión de descubrir nuevas islas desconocidas hasta la fecha.

Nunca más regresaría, pero tal como prometió el capitán, dio parte de su situación a las autoridades y dos años después se presentó otro buque, el primero de varios que, con cierta regularidad, aportarían un cargamento de artículos de primera necesidad y noticias del continente.

Pero ninguno de los nuevos colonos ni marinos quiso jamás regresar a la vieja Europa.

En cuanto a los antiguos colonos, los capitanes de los barcos franceses estaban advertidos de su pasado proceder, y si solicitaban pasaje les respondían: “¿Tenéis dinero con que pagarlo?”.

Una vez solos y confortablemente instalados, lo primero que hicieron fue deliberar que trato deberían dar a los colonos expulsados, hubo mucha polémica, ellos nunca hubieran tratado a nadie de la forma en que lo habían hecho aquellos desalmados, pero era una cuestión de justicia que probaran su propia medicina, por otro lado, tal como dijo el joven: “Son gentuza, y lo han demostrado, aunque solo quedan las mujeres, algún niño y varios ancianos, en cuanto tuvieran la más mínima oportunidad acabarían con nosotros, hay que controlarlos”.

Al día siguiente, una expedición de tres civiles y cuatro marinos, todos ellos bien armados, fueron en busca de los holandeses.

No les resultó difícil encontrarlos, se habían refugiado en el antiguo chamizo construido por los náufragos.

El grupo que formaban era patético, con sus ropajes de dormir que comenzaban a mostrar el paso de los días.

Aunque formaban un grupo lastimero, la muchacha que había sido prostituida no mostró ninguna compasión por ellos y les gritó con voz furiosa: “¿Que hacéis ahí?, esa casa es propiedad nuestra, la hemos pagado con nuestras joyas y además la hemos construido con nuestras manos”.

Una de las mujeres se arrodilló en tierra y llorando dijo: “No nos echen por favor, nos vamos a morir de frío”.

Después de un breve silencio, el abuelo lanzó una pequeña bolsa al suelo y respondió: “Está bien, os permitimos comprarla por el mismo precio que nosotros pagamos, depositar aquí cualquier anillo o joya que llevéis, más tres días de duro trabajo, os esperamos mañana al amanecer en el poblado”.

A partir de entonces fueron dando al grupo de holandeses algo de comida, y ropa harapienta a cambio de realizar el trabajo más duro.

En lugar de utilizar esa mano de obra para permanecer ociosos, los nuevos colonos, junto con los marinos, aprovecharon para formar nuevos cultivos de primeras materias, como el algodón, o especias, que sirvieran para comerciar con los barcos mercantes que llegaban de vez en cuando a la isla.

Todos los marinos conocían la humillación que había sufrido Gabrielle, obligada a prostituirse con aquellos desalmados, por eso la trataban con especial cortesía y delicadeza.

Un atardecer, uno de los marineros que más amistad tenía con ella, le pidió que fuera su esposa, ella le dedicó una mirada triste y le dijo: “Después de lo que sabes, ¿Quieres que me case contigo?”.

“Por supuesto mi vida, pienso que eres la mejor mujer que he conocido, si esos bastardos estuvieran aquí, los mataría uno tras otro, pero en el barco ya tendrán su castigo, igual que las otras zorras que se burlaron de ti”.

Al cabo de un mes, el sargento los casaba, formaron una pareja muy feliz y ella le dio tres estupendos hijos.

Hubo algún enlace más, el del sargento con una viuda que a pesar de su edad aún estuvo a tiempo de hacerle padre, y otros dos marinos con chicas solteras del grupo, pero independientemente de estos compromisos, todos formaban una gran familia, si el tiempo era bueno acostumbraban a comer juntos en una gran mesa en el prado y nadie se sintió nunca solo.

En cuanto a los seis que quedaban desparejados, se les veía en sus ratos libres construyendo una especie de casita en las afueras del pueblo, si alguien les preguntaba, decían que era un club de fumadores.

Cuando lo terminaron, explicaron su plan al grupo, hubo un largo silencio.

Al final el abuelo Gerard expresó su opinión: “En otras circunstancias, sería una infamia, pero en este caso es lo que se merecen”.

Al día siguiente, cuando las holandesas llegaron a trabajar, el grupo de los seis les aguardaba para darles una mala noticia: “Durante una semana no habrá trabajo, hemos de planificar algunos cambios, ya os avisaremos cuando os volvamos a necesitar”.

Las mujeres se quedaron petrificadas, una de ellas exclamó: “¡Una semana!, ¿Y que vamos a comer en este tiempo?”.

“Bueno, nosotros no tenemos la culpa de que no tengáis con que comprar”.

Ya se retiraban cabizbajas, cuando un marino llamó aparte a una de las mujeres más agraciadas”, no anduvo con rodeos, le dijo con toda claridad que habían construido una casita con dos pequeñas alcobas y sus respectivas camas, si le acompañaba un rato le daría comida y tal vez algo de vestir.

La mujer se retiró dignamente sin contestar palabra, pero al cabo de cinco días volvió discretamente para encontrarse con el marino.

Posteriormente no solo ella, sino todas aquellas que tenían una mínima presencia pasaron por la casita.

Incluso hubo competencia entre ellas, los seis solteros tenían donde escoger.

Por las noches, cuando volvían cargadas con el paquetito que los marinos les habían obsequiado, apretaban los dientes y se les escapaba alguna lágrima cuando a lo lejos una voz gritaba: “¿A que huele hoy el bosque?”, y un coro respondía: “Huele a puta”.

Con el tiempo llegó y se instaló más gente en el poblado, los marinos solteros consiguieron esposas, pudieron formar una familia, y ya no necesitaron la casita.

Aquella colonia fue una comunidad próspera que no sufrió los avatares que se producían en el viejo continente.

Respecto a los holandeses, la situación se relajó un poco, se les permitió que tuvieran casas individuales, pero sin lujos, también se les pagaba su trabajo de forma que pudieran disponer de un mínimo confort y una comida sencilla pero digna, pero nada más, siempre fueron el grupo de parias, de los desposeídos que vivían al día, careciendo de todo y necesitando aceptar lo que sus patronos franceses les quisieran dar, para no morir de hambre.

En este punto el abuelo acabó el relato, y les dijo a los chicos: “¿Que opináis de esta historia?”.

Rosa fue la primera en contestar: “Muy injusto eso de permitir que la gente que ha tenido una circunstancia desgraciada quede en la miseria para poder utilizarlos a su capricho”.

A lo que Carlos respondió: “Si, pero los holandeses comenzaron primero, los franceses se limitaron a devolverles la pelota”.

“Es verdad, pero lo sucedido en esa isla es una historia muy especial, el mundo no funciona así”.

En este punto el abuelo sonrió y dijo: “Que inocente eres mi querida Rosa, precisamente, todo el mundo funciona así”.

El que por desgracia queda fuera del sistema y no tiene nada que ofrecer, se queda tirado en la calle entre cartones comiendo desperdicios.

Y eso no solo pasa a nivel de individuos, sino de grupos étnicos, aquella gente que comerciaba trayendo sal con camellos, en el momento en que la pueden traer camiones de otro lugar a mejor precio, se quedan en la miseria.

Los que cultivaban o fabricaban algo que el mundo ya no necesita o puede conseguir de forma más fácil, se quedan sin medios de subsistencia y tienen que emigrar a sitios donde los tratarán como esclavos.

Incluso aquellos países que no disponen de recursos que a otros les interesen, se ven empobrecidos y tienen que malbaratar lo poco que tienen.

Para evitar que nadie se rebele contra este sistema cruel, existen los cuerpos de seguridad, policía, ejército, Etc.... Los que realmente tienen los medios y el poder, siempre procurarán mantener al grueso de la población con lo justo para subsistir, para disponer de ellos a su capricho, es la neo-esclavitud, más práctica que la antigua, no es necesario mantener a los esclavos permanentemente, sino solo cuando se necesitan, y encima los pobres creen que son libres”.

Nos quedamos todos en silencio, que solo rompió Carlos para decir: “Vale, abuelo, todo eso está muy bien, ¿Pero qué hacemos con el medio bocado de jamón?, ni se puede guardar, ni se puede tirar”.

“Pues no hagáis ni una cosa ni otra”.

“¿Y eso?”.

“¿No ronda por el pueblo un perro sin dueño?”.

“Si, le llamamos Mustafá”.

“Pues le buscáis y le dais el medio bocado”

“Si, es una buena idea”.

No resultó difícil encontrar a Mustafá, le dimos el bocadillo, que tomó con prudencia y comió con avidez, eso nos hizo sentir bien.

En los días siguientes, todo lo que sobraba lo guardábamos para Mustafá, con el resultado de que al final de nuestra estancia ya no se le marcaban las costillas, también lo lavamos y lo desparasitamos, incluso le construimos una caseta con cuatro maderas bajo una roca protectora

Durante el día nos acompañaba en nuestros juegos y excursiones y por la noche le enseñamos a dormir en la caseta sobre una manta vieja.

Los chicos del pueblo estaban alucinados viendo que nos cuidábamos de un perro que no era nuestro, pensarían que estábamos locos.

Llegó el día de la partida y Mustafá nos acompañó hasta el autobús, nos preocupaba pensar que el frío invierno o el hambre acabarían con él y ya no le volveríamos a ver.

Desde la parte trasera del vehículo vimos como contemplaba nuestra partida con ojos tristes.

Rosa comentó: “¿Veis?, él es alguien que está fuera del sistema y no tiene nada que ofrecer para cambiar”.

“Excepto cariño y amistad”, respondió Carlos.

“Si, pero eso en este mundo se valora poco”.

Pero nos equivocábamos, tal vez porque los chicos del pueblo copiaron nuestro juego y le dieron sobras, o por lo que fuera, el caso es que al verano siguiente nos estaba esperando al bajar del autobús, no sabemos si adivinó cuando íbamos a llegar o aguardaba todos los autobuses.

Aquel verano no nos podíamos mover tanto, un accidente de bicicleta había dejado a Rosa en una silla de ruedas para varios meses, pero cuando lo hacíamos no se quedaba sola, en lugar de acompañarnos a jugar, Mustafá permanecía haciéndole compañía.

Algunos días antes de regresar a la ciudad, hubo algunos tira y afloja telefónicos con los padres de Rosa, pero finalmente llegó un coche para llevarse a la ciudad a Rosa con su silla de ruedas y a Mustafá, que ya nunca se separó de ella. En este caso en particular, el cariño y la amistad sí que habían servido como moneda de cambio.

FIN...